

PASI ILMARI JÄÄSKELÄINEN

La Sociedad Literaria
Ojos de Liebre

Traducción del finés de
Tomás González Ahola y Tuula Ahola Rissanen



Duomo ediciones

Barcelona, 2014

Título original: *Lumikko ja yhdeksän muuta*

© 2014 por Pasi Ilmari Jääskeläinen

Publicado con el acuerdo de Kontext Agency

© de la traducción, 2014 por Tomás González Ahola y Tuula Ahola Rissanen

© de esta edición, 2014 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Este libro ha recibido una ayuda a la traducción de

FILI

FINNISH LITERATURE EXCHANGE

FILI – Finnish Literature Exchange

Primera edición: octubre de 2014

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3^o B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 17190-2014

ISBN: 978-84-15945-28-4

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

PRIMERA PARTE

Cuando asesinaron en medio de la calle, ante sus propios ojos, al criminal llamado Raskolnikov, lo primero que hizo la lectora fue sorprenderse. Después, se sintió ofendida: Sonja, una prostituta noble y caritativa, le había disparado a Raskolnikov en el corazón.

Esto ocurrió en la mitad de la redacción de un ensayo sobre la obra cumbre de Dostoievski.

La lectora se llamaba Ella Amanda Milana. Tenía veintiséis años, y poseía unos hermosos labios de curva sensual y un par de ovarios defectuosos.

El dictamen sobre sus labios se lo había dado el profesor de biología aquel mismo jueves, cinco minutos antes de acabar la hora del almuerzo. Sobre sus ovarios defectuosos, en cambio, la había informado el médico hacía catorce meses. Había salido de la consulta con la sensación de ser una mujer con una pieza fría e inservible en su interior. No obstante, en el exterior, el día seguía igual de caluroso y soleado.

Tres meses después del diagnóstico, transcurridos un par de días desde la ruptura con su pareja, las cosas ya empezaron a ir mejor.

Hizo un inventario mental.

Sus labios, por ejemplo, estaban muy bien. Según algunos comentarios, sus dedos eran finos y bonitos. En cambio, alguna vez alguien le había comentado que su rostro no era hermoso en el sentido estricto de la palabra, pero sí agradable y delicado, incluso atractivo. Ella misma podía comprobarlo en el espejo.

Uno de sus amantes se había dado cuenta, también, de que sus pezones eran de un color muy pintoresco. El buen hombre rebuscó con celeridad entre los óleos que tenía tirados por los rincones de la casa y se puso a mezclarlos durante tres horas, hasta dar con el tono exacto.

Ella Amanda Milana miraba fijamente el papel cuadriculado.

Frente a ella se sentaban treinta y siete alumnos de bachillerato, cuyas redacciones tenía que corregir; pero ella estaba pensando en el color de sus pezones. El inesperado asesinato literario la había despojado de la capacidad de concentración. Ya no sería capaz de abstraerse lo suficiente para seguir leyendo; hoy no, en esa clase no.

Levantó la mirada como si hubiera visto a un insecto arrastrándose alrededor de ella y miró a los alumnos. No se fijaron en ella. Se limitaban a escribir, inclinados sobre sus folios; los bolígrafos crujían sobre papel como sigilosos roedores en plena faena.

El autor de la redacción era un chico que ocupaba el tercer pupitre de la fila que está junto a la ventana.

Aunque estaba un poco indignada, Ella Milana no tenía ganas de enfadarse con él. Sopesó el hecho de que, al ser ella una profesora sustituta, los alumnos podrían pensar que no se tomaría en serio esa clase de triquiñuelas.

Hace mucho tiempo que estaba un poco enfadada, incluso ahora, pero el motivo real no era el chico de la redacción, sino sus ovarios. El chico y su ensayo de literatura era un asunto pasajero, sin relevancia. Sus ovarios, en cambio, estaban permanentemente adheridos a ella y viceversa. Hubiera preferido que no formasen parte de la persona llamada Ella Amanda Milana, que se encontraba sentada allí, delante de la clase, y que sostenía en la mano el *trolero* ensayo de literatura.

Acababa de comentar con los alumnos la lista de los clásicos de la literatura y de vanagloriarse por haber leído *Crimen y Castigo* por primera vez en segundo de bachillerato y una segunda, durante sus años universitarios.

Se percató de que estaba pensando en alguna otra novela.

Nunca había llegado a leer del todo la obra más conocida de Dostoievski. En bachillerato había leído las primeras veinte páginas y en la universidad había conseguido llegar hasta la página 52, pero jamás había terminado la novela. Alguien le había pedido prestado el libro para luego abandonarlo en una tienda de libros usados.

No obstante, Ella estaba más o menos segura de que Sonja, la prostituta noble y caritativa, bajo ningún concepto le había pegado un tiro en el corazón a Raskolnikov al final de la novela. También estaba dispuesta a apostar lo que fuera a que Raskolnikov, en contra de lo que se sostenía en la redacción de su alumno, no había matado a la usurera de la tienda de empeños estrangulándola con un trozo de alambre. En la universidad había asistido a algunas clases sobre Dostoievski y había visto la película y la serie de televisión, así que algo sabía sobre el clásico en cuestión. ¿Qué más daba que su propio ejemplar hubiese terminado en una tienda de libros de segunda mano cuatro años atrás?

Dio la clase por terminada y pescó al chaval entre la riada de alumnos. Lo amonestó con sarcasmo, poniendo en duda su comprensión lectora y su moral.

El chico rebuscó el libro en la mochila y se lo entregó.

–Será mejor que la señorita sustituta lo compruebe por sí misma –le sugirió–, el argumento de la novela es el que es.

Ella Milana dejó marchar al chico; saltaba a la vista que éste no estaba para nada dispuesto a debatir el asunto con su profesora. Decidió volver al tema más tarde.

Cuando llevaba un rato examinando la novela, se le empezaron a subir los colores al rostro. En la penúltima página del libro, Sonja disparaba al corazón de Raskolnikov dos veces. Y, casi al comienzo, el protagonista estrangulaba a la vieja usurera con una cuerda de piano.

Ella Milana rebuscó el móvil en su bolso, lo sacó y de inmediato llamó a su profesor de literatura de la universidad.

Su tesis de licenciatura trataba sobre las características mitológicas de Laura Nieves. El profesor Eljas Montes la había dirigido sin ocultar su satisfacción:

«Una elección estupenda. Si te interesa ahondar en el mismo tema, ponte en contacto conmigo y hablamos. Todavía queda muchísimo por investigar en las obras de Nieves y yo tampoco tengo tiempo suficiente para ocuparme de toda su producción».

—¿Diga? —preguntó el profesor apenas descolgó el teléfono—, al habla Montes.

Ella Milana se presentó y acto seguido, con una fervorosa exhalación, lanzó la pregunta al catedrático:

—¿Es verdad que Sonja asesina a Raskolnikov de dos disparos al final de la novela?

El profesor dejó escapar una breve risa.

Ella cayó en la cuenta de lo chocante que sonaba su pregunta.

—¿Estás dando clases de literatura? ¿Dónde dijiste que estabas, en Joensuu?

—Qué va, aquél fue sólo un contrato de cuatro meses —contestó Ella en un tono marcadamente plano. Ahora estaba concentrada en dar una impresión más razonable de sí misma que antes—. Ahora estoy en el instituto de Ojos de Libre. Y sólo quería comprobar este asunto lo más rápido posible, pues los alumnos son como son, y yo no... Mira, ahora mismo no tengo la novela a mano, y por mucho que lo intento, no consigo recordar qué fue exactamente lo que pasó, pero necesito esclarecer este detalle.

—Sí, comprendo —dijo el profesor—. Bueno, a Raskolnikov no lo asesina nadie a tiros, y menos aún Sonja.

Ella Milana examinó el libro durante un rato y al final dijo:

—¿Y si yo sigo insistiendo en que he visto en algún lugar una versión de *Crimen y Castigo* donde Raskolnikov recibe dos disparos? ¿Y en que es precisamente Sonja quien se los pega por que está convencida de que el mundo será un lugar mejor sin él?

El profesor no pronunció ni una sola palabra.

Ella Milana se dio cuenta de que volvía a sonar irracional. Tendía a perder el control de la situación con mucha facilidad cuando hablaba con ciertas personas y una de ellas era su profesor. En la universidad, con la ayuda de un amigo, había desarrollado una teoría de los módulos para explicar dicho fenómeno.

Conforme la primera parte, se ponía nerviosa en compañía de desconocidos cuando su instinto le decía que éstos estaban realmente interesados en ella y en sus pensamientos.

A pesar de todo, se ponía nerviosa muy pocas veces, aunque trataba a diario con muchas personas y algunas de ellas, incluso, le proponían relaciones amorosas. La segunda parte de la teoría explicaba esto a la perfección: todas las personas tenían desde su nacimiento una necesidad imperativa de proclamar a los cuatro vientos su personalidad y sus pensamientos, pero por regla general nadie estaba interesado en lo que se podía mover dentro de la cabeza de otro.

De paso, la teoría explicaba a Dios: puesto que las personas necesitaban un oyente interesado y anhelaban ser objeto de una atención constante por parte de alguien una vez terminada la infancia, se habían inventado a Dios, que no dejaba nunca de observarlos y escucharlos.

—¿No se tratará de alguna nueva versión, más posmoderna? —sugirió al final el profesor—. ¿Seguro que la obra era de Dostoievski? Puede que hayas visto alguna que otra novela donde aparecen los personajes clásicos o algo por el estilo. Escucha, Ella, intenta recordar de qué libro se trataba. Incluso yo lo podría usar en las clases de Dostoievski; suena muy interesante. ¿Qué tal si escribes algo sobre el asunto? Incluso se podría editar una colección de historias con ese tipo de perspectiva; podría funcionar bien.

El profesor sonaba entusiasmado. Ella se arrepintió de haberlo llamado.

El nombre de Dostoievski salía completo en la cubierta del libro. La obra se llamaba *Crimen y Castigo*. Publicada en 1986 por

la editorial Karisto. Estaba traducida al finés por M. Vuori y corregida por Lea Pyykkö. Ella miró la portada fijamente.

–Sí, puede que fuese eso, una de esas nuevas versiones –manifestó.

La biblioteca de Ojos de Liebre era una fortaleza roja de tres pisos que se erguía sobre la loma en la que también se encontraba el colegio. Dos columnas de mármol blanco jalonaban su puerta principal.

Eran el legado que Mr. Lindgren, el ya difunto propietario del taller de cantería, había dejado a la vida cultural del pueblo. Ella Milana había visto un artículo en el álbum de recortes de su madre sobre la ceremonia de entrega de las columnas en el año 1972. El artículo contenía una fotografía en blanco y negro donde se veía una grúa y en la parte delantera algunos vecinos, los peces gordos del municipio. Allí se hallaba el propio Roca-Lindgren y, cogida de su brazo, la jovencísima Laura Nieves. Se decía que Lindgren había intentado impresionar a la escritora. Detrás de Laura Nieves había una pandilla de niños de pie. Eran la «Sociedad Literaria Ojos de Liebre», un grupo de chiquillos de reconocido talento para la escritura que bajo la instrucción de Nieves se habían ido convirtiendo en escritores.

En vida, la abuela de Ella siempre echaba pestes de la biblioteca, «ese mausoleo que estropea todo el centro del pueblo». También otras muchas personas la consideraban insulsa, fría y demasiado grande. Algunos aprendían a odiarla ya desde pequeños. Los niños de Ojos de Liebre pasaban obligatoriamente por delante de ella todas las mañanas, sudorosos y jadeando, ya que la larga y empinada cuesta que conducía al colegio pasaba por allí.

Según Ella, la biblioteca irradiaba soberbia. A su alrededor crecían unas encinas que conferían al lugar un aire solemne y pintoresco, y en verano su ramaje filtraba el efusivo gorjeo de los pájaros que entraba hasta las salas si las ventanas estaban abiertas.

A unos pasos del edificio empezaba un pequeño bosquecillo en cuyo seno se ocultaba el café literario Los Diez de la Madre Blanca. De pequeña Ella solía acudir allí los domingos para comprarse un helado. Siempre paraba frente a la biblioteca a comprobar si era cierto que la puerta estaba cerrada y se asomaba a la ventana para espiar el interior.

Siempre le había costado mantenerse temporadas largas lejos de la biblioteca donde el polvo del papel flotaba en el ambiente. También ahora, cuando se aproximaba al lugar con la obra defectuosa de Dostoievski en el bolso, esa misma sagrada adoración de su niñez se fue apoderando de ella. Había sido la niña que arrastraba consigo un pesado bolso de libros, esa clase de niña que suele haber en todas las bibliotecas. Cuando estuvo quince días en cama por bronquitis, la bibliotecaria llamó a su casa para preguntar si todo estaba bien. Muchas señoras y señores que Ella no conocía de nada la saludaban entre las estanterías: «Hola, Ella, ¿qué libros vas a llevarte hoy...?».

Leía más de lo que era saludable; cientos de libros al año. Algunos los leía dos o incluso más veces antes de devolverlos. Muchos de ellos los volvía a tomar prestados después de un breve descanso para digerir lo leído. Por aquel entonces ya opinaba que uno realmente disfrutaba de un texto cuando lo leía por segunda o tercera vez.

Franqueó los enormes pilares. Siempre se encogía un poco al pasar entre ellos. Un pequeño perro que dormía sobre un escalón se despertó sobresaltado, echó un vistazo a la mujer, soltó un gruñido malhumorado y salió corriendo.

Había un anuncio pegado en la puerta, Ella lo leyó sin amorar el paso, abrió la puerta y entró.

La biblioteca era espaciosa y rezumaba frescor. Ella Milana percibió el olor familiar a polvo de papel y a tinta antigua mientras cruzaba el vestíbulo hacia el mostrador de préstamos.

—Quería hacer una reclamación —le dijo a los ojos marrones que escudriñaban desde detrás de unas gafas de carey.

El distintivo adherido a la blusa de la bibliotecaria rezaba lo siguiente: Ingrid Gato.

–Perdón, pero ¿es usted la escritora Ingrid Gato? –preguntó Ella con amabilidad.

–No, soy la bibliotecaria Ingrid Gato –respondió la mujer igual de amable. La ropa de la bibliotecaria Ingrid Gato olía ligeramente a humo–. Así que quiere hacer una reclamación, ¿no?

–Más bien una advertencia –contestó–. Hoy me vi en una situación un tanto extraña con uno de mis alumnos. Escribió una redacción que me pareció, mmm, algo cuestionable.

La bibliotecaria sonrió.

–¿Acaso el contenido era inapropiado? Son cosas de la edad. Pero luego se les va pasando. La edad y las cosas inapropiadas, quiero decir. Es lo bueno de la vida; todo va pasando.

Ella Milana rebuscó el libro en su bolso.

–Para ser más exacta, la culpa no la tuvo la redacción, sino el libro en el que se basa. Aquí lo tiene: *Crimen y Castigo*, de Dostoievski. Por fuera parece auténtico, pero está como tergiversado de una manera extraña. El texto está manipulado. Y es vuestro: aquí están los sellos.

Empujó el libro sobre el mostrador. Ingrid Gato no parecía muy interesada, sino que soltó un breve bufido, se incorporó detrás de su mesa, dio la espalda a Ella y se puso a ordenar el estante de reservas. El libro quedó sobre la mesa, entre las dos mujeres.

–Siempre hay errores tipográficos –parloteó Ingrid Gato de espaldas a Ella–. A veces se omiten páginas enteras. A veces en la imprenta meten en medio páginas incorrectas. Piénselo bien, los libros los hacen las personas y cuando las personas hacen algo, es normal que cometan errores. Errar no sólo es humano, sino que la historia de la humanidad en sí es una cadena de errores. Supongo que se habrá enterado de lo que ha ocurrido con esos calendarios de Navidad

–¿Qué calendarios de Navidad?

Ingrid Gato meneó la cabeza. El movimiento del cabello dejó momentáneamente al descubierto un cuello delgado y grácil.

—¡Ay ay ay! Ya ha pasado un tiempo y no recuerdo muy bien cómo fue, pero en las casillas de los calendarios infantiles terminaron algunas imágenes no tan navideñas. Pornografía pura y dura, nada menos. Incluso salió en los periódicos y todo.

—¡Vaya por Dios! Pero el caso es que en este libro Sonja se ventila a Raskolnikov a tiros. Y Raskolnikov estrangula a la vieja usurera con un pedazo de alambre. Así no puede ser. Seguro que lo sabe usted también. Pensé que ésta sería una versión censurada de antaño, pero ahora veo que es una edición normal y corriente.

Se quedó un rato pensativa, se movió intranquila y luego sonrió.

—Claro que parece una tontería quejarse de un asunto menor como éste, pero creo que habría que aclararlo. ¿Qué sería de nosotros si en los libros se pusiera cualquier cosa?

Ingrid Gato se volvió y la miró fijamente a los ojos.

—No se preocupe, le puedo asegurar que el libro defectuoso no volverá a circular. Estas cosas pasan a veces. No es algo que se comente en voz alta, pero lo cierto es que en las imprentas hay bastantes bromistas. Gracias por avisarnos.

—No hay de qué. En realidad, me gustaría llevarme el libro de nuevo —dijo Ella y extendió la mano hacia él—. Un profesor de literatura que es muy amigo mío quiere una copia de la parte que está mal.

Los ojos de Ingrid Gato emitieron un fulgor repentino y la mujer se apoderó del libro con un gesto brusco antes de que a Ella le diese tiempo de cogerlo.

—En principio no tengo nada en contra —dijo la bibliotecaria y metió la obra cumbre de Dostoievski disimuladamente debajo del mostrador—. Dentro de los límites de la legislación de los derechos de autor, claro. Lo que pasa es que usted acaba de devolverlo y yo no puedo poner en circulación un libro defectuoso, ¿o no? Son las reglas; nosotros, los bibliotecarios, estamos atados a ciertas normas. Lo siento mucho; gracias una vez más por avisarnos.

Ingrid Gato siguió trajinando frente al mostrador. Ella Milana la observó de perfil, contempló su nuca y su coronilla, recapacitó durante un rato, asintió con la cabeza y salió hacia la sala de lectura.

Dicha sala estaba situada en el segundo piso, igual que la de poesía y teatro. Mientras subía las escaleras miró hacia arriba. En el centro de la biblioteca había una gran cúpula por cuyas paredes subía la escalera interior formando un anguloso espiral. La cúspide la coronaba una vidriera de nueve paneles. En los días soleados iluminaba los libros con un resplandor como el de una catedral, pero ahora tan sólo se asomaban al interior las cornejas y los grajos.

La planta inferior albergaba los libros infantiles y la narrativa. Al mirar hacia abajo Ella reparó en que en el pequeño vestíbulo, entre las dos secciones, además de los usuarios de la biblioteca, también se erguían un grupo de estatuas. Según el anuncio de la puerta de entrada, se trataba de la exposición anual de la Asociación de Escultores de Ojos de Liebre, que este año se titulaba «Del Espíritu del Agua al Rey de Las Profundidades: escultura mitológica basada en las obras de Laura Nieves».

En la primera planta se hallaban los libros de no ficción. La mujer se fijó en que la sección más próxima a la escalera estaba reservada a los libros sobre perros y llevaba un cartel amarillo con letras mayúsculas que rezaba «LITERATURA CANINA». Sobre la estantería sólo reposaban unos cuantos libros.

Tras llegar al segundo piso, tomó un ejemplar de *La Huella de Liebre* del anaquel de periódicos y escogió una mesa desde donde podía observar a Ingrid Gato, que seguía sentada dos pisos más abajo, frente a su mostrador.

Esta zona se utilizaba como sala de lectura, o al menos un cartel rogaba «guardar silencio en la sala de lectura». Con «sala» se refería a seis mesas desgastadas, colocadas junto a la barandilla.

Ella Milana hojeaba *La Huella de Liebre* con un aire abstraído y de vez en cuando echaba una mirada de reojo en dirección a la bibliotecaria. Según la publicación, la siega en Ojos de Liebre se

estaba desarrollando adecuadamente. El corredor de fondo Del Bosque-Veloz, la joven promesa de la localidad, acababa de ganar la medalla de plata en una competición nacional. La gente pedía normas más estrictas para pasear a los perros. El psicólogo canino A. Otero, repartía consejos sobre el adiestramiento y cuidado de los perros en su columna semanal, esta vez titulada «El perro, el mejor amigo del hombre desde siempre». El gobierno municipal estudiaba el proyecto de reforma del edificio del ayuntamiento. El suplemento de literatura presentaba nuevos y prometedores autores.

Ella sabía que su relato todavía no había sido publicado en el periódico. «Tal vez más entrado el otoño», se había disculpado el editor del suplemento. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, como si alguien caminase sobre su tumba, y decidió llamar al periodista y pedir que se lo devolviese. Al fin y al cabo no estaba preparada para verlo publicado. Había sido una mala idea desde el principio; ahora lo comprendía.

En la página cuatro una noticia breve informaba que en el campo del agricultor P. Bahía se había hallado una patata con la forma de *La Madre Blanca*. El dueño prometió donar el peculiar tubérculo a la escritora Laura Nieves, siempre que ella tuviese interés en añadirlo a su colección, y Kati, la esposa del dueño de la explotación agraria, incluso se dispuso a invitar a la escritora a tomar un café con sus correspondientes bollos de leche, en caso de que ésta fuese a recogerlo.

Ella Milana perdió interés en el periódico. El cartel amarillo seguía cautivándola. **LITERATURA CANINA**, rezaba con mayúsculas, en negrita, cada vez que lo miraba. Al final se empezó a preguntar por qué demonios seguía en la biblioteca.

Había dado todas las clases del día, pero por la tarde tenía una montaña de redacciones para corregir. Su madre esperaba a que llegase a casa con algo de comida y medicamentos; sabe Dios lo ido que estaría su padre hoy. Incluso tenía ganas de dormir una pequeña siesta.

Con todo, seguía sentada allí, en el segundo piso de la biblioteca, hojeando el periódico local y espiando a la bibliotecaria.

Lo que estaba haciendo carecía de sentido; lo sabía de sobra. Aun así la bibliotecaria se había comportado de un modo sospechoso. No se había tomado el hecho de que apareciera un ejemplar defectuoso tan a la ligera como aparentaba. Tampoco había parecido demasiado sorprendida ante el hecho de que se pudiesen encontrar discrepancias extrañas en un libro que llevaba años en la biblioteca.

Era cierto que Ella se había topado con traducciones de diversa índole, cargadas de errores más que obvios; había leído versiones abreviadas y algunos libros a los que les faltaban páginas; a algunos, incluso el final. Y también era cierto que, de algunas obras, con el paso del tiempo se publicaban nuevas ediciones, a veces cuando ya no era necesario proteger a los lectores de un lenguaje indecente o de escenas obscenas.

Pero nunca había visto un libro cuyo argumento hubiese sido alterado tanto, sin querer o a propósito, como aquel *Crimen y Castigo*. Para llevar a cabo semejante tomadura de pelo habría hecho falta un impresor muy especial y era difícil imaginar cual podría haber sido el motivo. ¿Y cómo era posible que un libro así estuviese a disposición de los lectores casi durante dos décadas y que nadie se hubiese percatado de nada extraño?

Tal vez aquella tarde en la biblioteca Ella se comportó de un modo contrario a lo que era habitual o a lo que dictaba su sentido común, pero lo cierto era que la existencia de una obra defectuosa de Dostoievski la ofendía profundamente, y cuando se sentía ofendida era capaz de cometer actos irreflexivos basados en la pura intuición.

Las redacciones esperaban a ser corregidas en su cartera, su madre esperaba en casa por la comida y su padre por los medicamentos; la gente iba y venía.

Transcurrieron dos horas. Ella Amanda Milana, sustituta de lengua y literatura finlandesa, seguía sentada en la biblioteca es-

piando a Ingrid Gato. Empezaba a sentirse estúpida pero no podía dar el brazo a torcer; no, al menos, de momento.

Al fin la bibliotecaria abandonó su mesa y, franqueando al espíritu de las aguas de granito y al gnomo de cemento, se acercó a las estanterías.

En la sala de lectura, Ella se asomó a la barandilla para ver mejor. Ingrid Gato estaba de pie frente a la estantería D y apilaba libros en un carro. Vacío al menos un metro del estante y luego empujó el carro repleto de libros hasta el cuarto de atrás.

Se trataba de una habitación donde las bibliotecarias comían el bocadillo y se cambiaban de ropa. Sólo tenía acceso desde detrás del mostrador. En la puerta colgaba un cartel publicitario hecho jirones del libro *The Lion, the Witch and the Wardrobe* de C. S. Lewis. Representaba un armario mágico con la puerta entreabierta que invitaba a entrar.

Ingrid Gato salió del cuarto y se quedó sentada detrás del mostrador durante un buen rato. Finalmente subió hasta el primer piso para echar una mano a un señor de sombrero que acababa de llegar.

Ella Milana ya había abandonado su puesto de vigilancia y había descendido hasta la planta baja. Se acercó al mostrador e hizo como si estuviese examinando la estantería de honra que estaba reservada a los libros de Laura Nieves y a sus numerosas traducciones.

Entonces se puso manos a la obra.

Caminó hasta detrás del mostrador, sin prisas y con toda naturalidad. Miró a su alrededor, pasó la lengua por los dientes delanteros y entró a hurtadillas en el cuarto de atrás sin que nadie la viese.

Pensó en una excusa por si Ingrid Gato la sorprendía. Diría que la estaba buscando para hacerle una pregunta urgente.

Además, ¿qué le podría hacer la bibliotecaria si la cogiese con las manos en la masa? ¿Matarla? ¿Darle una paliza hasta dejarla inconsciente?

No, probablemente no, pero nada le impediría llamar a la policía y denunciarla.

Vaya lío se armaría. LA SUSTITUTA DE LENGUA HURTANDO LIBROS, publicaría *La Huella de Liebre* en la portada. Ella perdería su reputación y, como consecuencia, también su empleo. Tendría antecedentes penales que le afectarían durante el resto de su vida.

Empezó a sentir miedo. Comprendía que lo mejor sería olvidarse del asunto mientras fuera posible. Se felicitó a sí misma por haber recobrado la razón a tiempo, antes de cometer una estupidez monumental.

Fue justo cuando vio los libros sobre la mesa.

Estaban apilados en tres montones. A su lado había una botella de naranjada «Jaffa», una mandarina y una bolsa de regaliz, la merienda de la bibliotecaria Ingrid Gato.

Ella Milana vio que *Crimen y Castigo* de Dostoievski se encontraba en uno de los montones, debajo de todo. El corazón empezó a latirle más rápido y cogió el ejemplar. También otros cinco libros al azar, los primeros que consideró lo suficientemente finos para meterlos en el bolso.

Tenía los dedos fríos como las patas de una urraca.

En el fondo del bolso había un cómic que había confiscado en una de las clases de la mañana. Lo sacó apresuradamente, cubrió los volúmenes con él y cerró el bolso.

Luego salió de la biblioteca caminando con total tranquilidad.